

**HOMENAJE AL DR. ADOLFO TORRES.**

Por Oscar Valdés

En primer lugar, quiero expresar un profundo agradecimiento a Norberto Fernández Lamarra por el honor y la gran satisfacción que me brindó al invitarme a escribir una semblanza de Adolfo Domingo Torres, con quien he compartido la misma ruta durante los últimos dieciséis años. Una ruta que no ha sido sólo académica e institucional, sino también, personal y familiar, circunstancias ambas, que me permitieron compartir muchas horas con él y conocerlo en profundidad.

Nuestro primer encuentro se produjo en el mes de junio del año 1994, unos días antes de que asumiera por primera vez como Rector de nuestra querida casa altos estudios, la Universidad Nacional del Nordeste. En ese entonces, yo era secretario de Asuntos Estudiantiles de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad. Asistimos ambos con nuestras respectivas esposas a una cena organizada por el Decano de esa Unidad Académica. Esa noche, favorecidos por la proximidad de nuestras ubicaciones, conversando y contando nuestras historias, encontramos que teníamos muchas cosas en común en nuestras vidas, tanto en el plano privado como en el social.

Me encontré con una persona franca, vital, entusiasta, sencilla y directa en el trato personal, lo que me animó a aceptar el cargo de Secretario General Académico de la Universidad, cuando me ofreció que lo acompañara en la gestión. No era poca cosa para mí, porque no estaba en mis planes dedicarme de lleno a la gestión universitaria. Hasta ese momento, mi actividad principal no era la Universidad, sino el ejercicio de mi profesión como arquitecto desde hacía veinte años y no tenía previsto iniciar a los cincuenta otro camino. Pero su entusiasmo me contagió, y aunque supe desde el inicio que había muchas cosas por hacer, supuse que podría hacer ambas, docencia y gestión universitaria, más el ejercicio de la profesión.

También creo que en aquella oportunidad percibí la talla del hombre, de quien ya tenía referencias, pero que empezaba a asomarme a las profundas convicciones que sostenía, a su madera de gran trabajador y excelente gestor. De todos modos, no había tomado aún conciencia de su verdadera dimensión, de esa personalidad tan fuerte y del ritmo intenso y decidido que le ponía a todo lo que hacía. Confieso que si bien había trabajado previamente con diferentes personalidades, destacadas e importantes, tanto académicas como profesionales, jamás conocí a alguien que se le pareciera. El impacto que me

produjo conocerlo y trabajar junto a él fue tal que, por supuesto, nunca más volví a mi profesión de arquitecto que tanto amaba. Ese era Torres, una persona de enérgica personalidad, sumamente disciplinado, inteligente, prolijo, lúcido, vital, entusiasta, arrollador.

Adolfo Domingo Torres era correntino, pero no de la ciudad capital, sino de Empedrado. Nació el 20 de diciembre de 1943, hijo de un maestro de escuela y una ama de casa. A los dos años de edad su familia se trasladó a la ciudad de Saladas, también en el interior de la Provincia de Corrientes cuando su padre fue ascendido a Supervisor de Escuelas, y, a los dieciséis, volvió a emigrar, esta vez a la ciudad de Corrientes para terminar sus estudios secundarios.

En 1962 inició su carrera universitaria en lo que era la Escuela Provincial de Odontología, y que luego se convertiría en la Facultad de Odontología de la Universidad Nacional del Nordeste. Formó parte de la primera promoción de esa casa de estudios. Allí conoció y luego se casó con Elena Cristina Páparo, que también estudió Odontología. Tuvieron tres hijos, María Susana, María Cristina y Adolfo, a los que se dedicaron plenamente, pues la familia siempre fue lo más importante de su vida.

Adolfo Domingo Torres era de sostener valores y creencias profundas, netas. Católico practicante, con fuerte vocación política. Siendo alumno universitario presidió el Centro de Estudiante de la Escuela Provincial de Odontología.

En todo lo que lo rodeaba y le interesaba se involucraba con pasión, y tenía que estar bajo su control pleno. No era para nada una persona de bajo perfil y que pudiera pasar desapercibida, su rol siempre debía ser protagónico.

Una vez recibido de odontólogo abrió su consultorio y comenzó a trabajar como profesional, destacándose en el medio en cirugía buco-dental. Llegó a presidir la Asociación Odontológica Argentina. En 1994 cerró el consultorio y dejó su actividad profesional para dedicarse plenamente a la universidad.

Antes de ser Rector, fue Decano de la Facultad de Odontología en los períodos 1979-1983 y 1990-1994. En 1994 es reelegido, pero renuncia para asumir como Rector. Es el primero en alcanzar ese lugar habiéndose graduado en la Universidad Nacional del Nordeste, y con su gestión se inicia una nueva etapa en la Universidad.

Su política se centra en llevar adelante un programa ambicioso de gobierno y de reformas, basado en un diagnóstico elaborado en la gestión del rector anterior, donde se marcaba claramente, y por primera vez en la Universidad, cuáles eran las debilidades y

fortalezas de la Institución. Durante su gestión, la Universidad cobró otro ritmo, marcó líneas de acción orientadas a corregir aquellas debilidades y posicionar a la Universidad donde debía estar, trazó el camino y llevó adelante las acciones con decisión y convicción. La Universidad tomó así el protagonismo que había perdido a nivel local, regional, nacional e internacional, y volvió a ser la Universidad que la sociedad del nordeste quería.

Su constante afán de protagonismo y desbordante entusiasmo en todo lo que emprendía, lo llevaron, algunas veces, a ser criticado, dentro y fuera de la Universidad. Pero la gran mayoría estaba convencida, aún sus detractores, de que era el hombre adecuado para transformar y colocar a la UNNE donde todos aspirábamos. Esto quedó en evidencia luego, porque a pesar de su estilo duro y exigente como algunos lo definían, en 1998 es reelecto Rector por una mayoría abrumadora.

Adolfo Domingo Torres no solamente tenía un alto compromiso con su Universidad, sino con todo el Sistema Universitario con el que se involucró plenamente, como no sabía hacer de otra manera. En 2001 fue presidente del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) y durante el período 2003-2007 a propuesta de éste, miembro de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU) siendo su vicepresidente por dos períodos.

Su compromiso político con el Partido Radical y la sociedad correntina, lo llevó en el año 2001 a postularse como intendente de la Ciudad. Su plataforma se basaba en un diagnóstico participativo que había elaborado con diferentes actores representativos de la política, empresarios y del tercer sector, para que derivara si era electo, en la construcción colectiva de una planificación estratégica en términos de contrato social, idea totalmente innovadora para la Corrientes de esos años. Lamentablemente no pudo ser.

Ese año, ganó las elecciones en la provincia de Corrientes el radical Ricardo Colombi, encabezando un Frente con el Justicialismo, y convocó a Torres para el Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología. Eran momentos políticos, sociales y económicos sumamente críticos y complejos en todo el país y Corrientes no era ajena.

Torres aceptó el desafío, y para ello debió renunciar a su cargo de rector seis meses antes de terminar su segundo mandato. El compromiso político con el Partido, la Educación y la sociedad correntina lo necesitaban ahora en ese lugar, y su etapa en la Universidad como Rector estaba terminando. Una Asamblea aplaudió de pie su gestión y aceptó su

renuncia.

En años sucesivos luego de transitar por el Ministerio de Educación de la Provincia, y por la CONEAU, donde llegó a ser vicepresidente, nuevamente, es electo (por tercera vez) Decano de la Facultad de Odontología. En 2010, vuelve a postularse como Rector de la Universidad, y logra por unanimidad, un nuevo voto de confianza de parte de la Asamblea para iniciar su tercer mandato.

Propone en su plataforma, acciones concretas para profundizar los cambios y la orientación que había tomado la Universidad bajo el lema “Gestión para la excelencia, con responsabilidad social e innovación”.

Emprendió la gestión con la misma fuerza que lo había hecho aquella primera vez; el mismo entusiasmo y dedicación plena, pero ya habían pasado dieciséis años. La exigencia y rigor puestos también en esta etapa, sumados a la realidad de una Universidad mucho más compleja que la de 1994 fueron excesivos para sus sesenta y siete años.

Falleció, dejando su vida por la Universidad, fiel a su deseo y a su práctica. Tras su partida queda un vacío físico inmenso pero, a la vez, un legado espiritual enorme tanto para sus afectos más cercanos como para la comunidad universitaria que lo tendrá siempre en el más alto reconocimiento.

Hoy la institución continúa su derrotero y, sin dudas, queda en su historial la huella de uno de sus más importantes hacedores: Adolfo Domingo Torres.

OSCAR VICENTE VALDÉS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NORDESTE

2002-2006 / 2006-2010